

EINSTEIN SEGÚN ERNESTO SÁBATO: EL PODER Y LOS LÍMITES DEL CONOCIMIENTO CIENTÍFICO

Mario Gustavo Martínez

Universidad Nacional de La Plata (Argentina)

Resumen

Este ensayo consiste en una elaboración conceptual a partir de aportes significativos brindados por el escritor Ernesto Sábato. El texto del autor que en esta ocasión motiva su análisis toma materiales de aquellos años en que los intereses de Sábato se hallaban inmersos en el campo científico. Al haberse producido el fallecimiento del célebre físico Albert Einstein, el escritor elaboró un ensayo a manera de reconocimiento de su figura, pero a su vez con un espíritu crítico hacia la ciencia. El autor procura arrojar luz sobre problemas filosóficos respecto a cuestiones vinculadas al poder y a los límites del conocimiento científico. Sábato sostiene que no existe por lo general un cuestionamiento respecto a la primacía del quehacer de la ciencia, designándose por ende un lugar prioritario al nombre de Albert Einstein por sobre otros ligados a las artes, a las letras, a la filosofía. Estas problemáticas epistemológicas se dispuso el autor a enfrentar en su ensayo "Poderío e impotencia de Einstein", de 1955. En el presente trabajo de articulación se sumaron aportes de Mijail Bajtín para indagar aún más en misterios profundos de la ciencia en tanto actividad humana no disociada de otras áreas de la vida del ser humano.

Palabras clave: filosofía, epistemología, literatura, ciencia, arte, Ernesto Sábato.

Interrogantes sobre la ciencia a propósito de Albert Einstein

El presente ensayo consiste en una breve elaboración conceptual a partir de aportes significativos (e incluso originales) brindados desde el campo de la literatura por el reconocido escritor argentino Ernesto Sábato, quien, antes de dedicarse por completo al mundo de las letras, llegó a incursionar fuertemente en el campo de la física durante la primera parte de su vida académica y profesional. El texto del autor que en esta ocasión motiva su análisis toma materiales de aquellos años en que los intereses de Sábato se hallaban inmersos en el campo científico (esta afirmación se formula a modo de hipótesis). Con motivo de haberse producido el fallecimiento del célebre físico Albert Einstein, el escritor elaboró un ensayo que fue publicado (1955) a manera de reconocimiento de su figura, pero a la vez con un espíritu crítico hacia la ciencia y sus efectos. El autor sostiene al inicio de su trabajo que el fallecimiento de Einstein, considerado este como el creador de la relatividad (en tanto teoría) ha representado la desaparición de un genio, un "ser asombroso" con rasgos propios de la bondad y de la tolerancia. Más allá de estos atributos asignados a la personalidad

del científico por su comunidad, Sábato se embarca en su exposición a reflexionar en torno a creencias de cierta data (consagradas a partir de la muerte de Einstein) e interrogantes para plantearse necesariamente. Cita la creencia de que este científico era el mayor genio del siglo. Le surgen entonces las siguientes preguntas:

¿Por qué una afirmación tan terminante, la mayor parte de las veces por profanos que están lejos de comprender sus teorías, o por especialistas científicos que difícilmente admitan o intuyan la genialidad de creadores artísticos o literarios? ¿Y por qué ese unánime y curioso asentimiento popular a una afirmación tan categórica como difícil de probar? (Sábato, 1955: 361).

Con ello el autor procura arrojar luz sobre problemas trascendentales de carácter filosófico respecto de la ciencia, a saber, las cuestiones vinculadas al poder y a los límites del conocimiento científico. Sostiene que no existe por lo general un cuestionamiento respecto a la primacía del quehacer de la ciencia, designándose por ende un lugar prioritario al nombre de Albert Einstein por sobre otros ligados más específicamente a las artes, a las letras, a la filosofía, pudiéndose mencionar apenas unas pocas personalidades a manera de ejemplos: Joyce, Kafka, Stravinski, Ravel, Schoenberg, Proust.

Estos y otros interrogantes de índole epistemológica está dispuesto a enfrentar Sábato en su ensayo "Poderío e impotencia de Einstein", de 1955. Podemos acompañarlo un tramo de trayecto de este desafío junto a aportes de Mijail Bajtín y atrevernos a indagar en misterios profundos y propios de la ciencia (corpus de conocimientos y caminos para la investigación) en tanto actividad humana no deslindada, no disociada de otras áreas de la vida como la creación artística, las creencias religiosas, las ideologías, los afectos, el quehacer cotidiano en sociedad.

Ciencia, oscuridad y poder

Sábato afirma que existen dos atributos que contribuyen a otorgar prestigio ante las masas: la oscuridad y el poder, que pueden ser referidos a la ciencia misma en calidad de componentes que favorecen la condición para su idolatría.

Con respecto a la oscuridad inherente al conocimiento científico, esta se origina –según el autor– como resultado de un proceso de desnaturalización de la realidad, de hechos concretos, que a su vez ha contribuido a forjar una abstracción creciente a través del tiempo, brindando prestigio popular a la actividad científica impulsado por esa misma oscuridad. La exaltación de la figura de Einstein se hallaría en el marco de este fenómeno. El escritor sostiene la siguiente correlación inversa que daría fundamento a tal apreciación: la fama de Albert Einstein se vio incrementada en sentido contrario a la comprensión; el respeto conferido al renombrado científico fue motivado en cierta forma por haber sido el menos

comprendido (en su producción teórica). La oscuridad científica, junto con la escasa comprensión que ella instaure, encuentra su causa, entre otras, en la diferencia esencial existente entre el conocimiento vulgar y aquel producido a través de la investigación científica, esto es, el primero de ellos se refiere a hechos particulares ocurridos en el marco de la cotidianeidad mientras que el segundo se circunscribe a hechos generales, disponiendo de explicaciones en un plano de pensamiento más abstracto. Esta característica de la ciencia es la que torna de alguna manera al conocimiento que ella profesa un tanto inaccesible a la mente “común” del vulgo, es decir, del pueblo considerado profano por aquellos que pregonan el conocimiento académico como hegemónico respecto a otras “epistemologías”. De este modo, con la frecuente asistencia de las matemáticas y su lenguaje artificial específico, los hacedores de ciencia se dedican a emitir juicios de tal generalidad que complican su entendimiento para quienes no transitan por la comunidad científica (no exceptuando necesariamente a aquellos que, aun involucrados en los ámbitos de investigación, admiran la figura de Einstein procurando arribar a una comprensión que todavía no poseen). La ciencia se expresa entonces con términos tan enigmáticos que ofrecen un efecto de fascinación para con los considerados profanos, todo ello en detrimento de otras formas de expresión como bien pueden ser el arte, la literatura, el lenguaje cotidiano del ser humano “común”.

Ligado a tal oscuridad se halla el poder. La abstracción que ha logrado la ciencia también es fuente de su poderío. Dicha actividad se ha tornado cada vez más formal en sus argumentaciones, y, por lo tanto, se ha distanciado en demasía de los problemas y palabras propios de la vida cotidiana. Mientras, su poder y utilidad han aumentado considerablemente. Una teoría científica posee más aplicaciones cuanto más se dispone a abarcar en su universalidad; se enfatiza en la abstracción por sobre lo concreto reservado a hechos particulares. El lenguaje matemático del cual se sirve la ciencia, por ejemplo la utilización de logaritmos, ensalza esa característica (lo abstracto) al servicio del poderío y del imperio del Hombre sobre el mundo natural y social, a tal extremo de organizar guerras modernas causantes de grandes desastres con solamente disponer de cálculos logarítmicos y la posibilidad de “apretar un botón” (en este punto se halla la referencia a la bomba atómica y la destrucción de poblaciones enteras a causa de su utilización en calidad de dispositivo bélico).

Ciencia y arte: la posibilidad de una unidad con sentido

Al final del recorrido de su exposición, Ernesto Sábato concluye con la siguiente reflexión:

Y no caigamos ahora en la ingenuidad de imaginar que la crisis de la ciencia no es una mera crisis de impotencia frente al superestado que la esclaviza para sus fines, y que en otro tipo de sociedad seguirá su marcha hacia adelante. No, la circunstancia histórica ha servido para revelar que la inoperancia y la limitación del pensamiento científico son más profundos y que están relacionados a su esencia misma, a su desdén por lo particular y lo concreto, a su

exaltación de la Razón Pura y al menosprecio cartesiano por lo corporal y emocional. El hombre no es Razón Pura, sino una oscura, una misteriosa, una atribulada mezcla de razón, de emoción y de voluntad; una dramática pero maravillosa combinación de espíritu y materia, de alma y de cuerpo. La Ciencia pretendió desconocer y subestimar esta condición, que es la condición humana. Por eso tenía que llevar a un inmenso fracaso, tal como espíritus supremos lo intuyeron, desde Kierkegaard hasta Dostoiewski. Si esta crisis que la ciencia ha contribuido a preparar es superada, si no somos aniquilados por las bombas atómicas habrá llegado el momento histórico de poner a la ciencia en el lugar que le corresponde. Lugar admirable, sin duda, pero estrictamente demarcado (Sábato, 1955: 369).

Con ello el escritor procura poner en cuestión el lugar de la ciencia en el contexto de la vida del ser humano. Que ni las formas de existencia cotidiana ni los diversos saberes (tanto de los pueblos como así también de aquellos que transitan por ámbitos académicos) queden opacados y menospreciados, hasta marginados, por la fascinación y admiración hacia un "Einstein" u otra personalidad "científica" que contribuya a restar prestigio a hacedores de las artes y de las letras. En un pasaje previo el autor hace mención del pensamiento de Whitehead, matemático y filósofo, que señala la necesidad de la ciencia de aprender de la poesía; esta última "le canta a las bellezas del cielo y de la tierra", a hechos concretos de la realidad desnaturalizados por la abstracción científica.

Más allá de lo planteado por Sábato en relación con Einstein, los aportes de Bajtín (2008) irían además por esa misma línea de pensamiento si consideramos la posibilidad de una integración en el ser humano. A ello se refiere este último autor cuando instala la temática sobre las tres áreas de la cultura que él mismo establece, a saber: la ciencia, el arte y la vida, que cobrarían unidad en aquel que las haría participar según una manera integrada, no como un todo unido mediante una simple (y mecánica) relación externa, y por lo tanto superficial, de sus elementos en el entramado espacio-tiempo, sino en calidad de una unidad interior con un sentido más profundo, agregaría hasta más arraigado. Bajtín sostiene que en la vida del ser humano difícilmente se presentan las cosas según esta última alternativa. Las áreas de la cultura permanecerían (en una misma persona) más bien ajenas entre sí a pesar de configurar una suerte de unidad, ilusoria por lo general. De este modo, el científico mantendría a distancia su faceta artística a la cual recurriría, si se presentaren las condiciones para ello, en los momentos de creación, de inspiración, de retiro respecto a las actividades y exigencias laborales. Lo mismo parecería ocurrir con el lugar asignado (por ese mismo sujeto contemplado) a la vida cotidiana, muy diferente en apariencia al contexto científico riguroso y "abstracto". De esta forma, las partes aparecen de alguna manera disociadas en la personalidad, aunque se hallen juntas permanecen ajenas entre sí, dispuestas así en el seno de una unidad organizada por conexiones superfluas, no genuinas. El mismo criterio se manifiesta cuando la persona deviene creadora en su faceta de artista (en esos momentos no estaría entonces en la vida cotidiana, tampoco en el mundo de la ciencia), o en calidad de ser humano que vive en la cotidianidad de las relaciones "comunes" en sociedad. Para que

ello no se produzca, Bajtín afirma que lo que garantiza un nexo interno entre los elementos de la personalidad mencionados es el criterio de responsabilidad. Una unidad considerada responsable supone poder responder (cada persona) a las diferentes áreas de la cultura con aquello vivido y comprendido en cada instancia. De este modo, lo aprendido en un área de la vida no quedaría “encerrado”, aislado, circunscripto a esta sin posibilidad de acción sobre el resto de la personalidad, sino que aportaría a un enriquecimiento mutuo entre las demás áreas y, por ende, a una unidad “verdadera”, genuina y con sentido organizador. A manera de ejemplo, la creatividad y originalidad nacidas en el arte pueden trasladarse y enriquecer el campo de la ciencia, muy proclive a tendencias rigurosas y sistemáticas.

Una reflexión abierta sobre investigación científica y alteridad

A manera de cierre de este breve ensayo resulta apropiada la mención del siguiente fragmento sobre el personaje *Palomar*, extracción de “El modelo de los modelos”, de Italo Calvino (edición de 1994):

En todo esto, no es que el propio Palomar elaborase modelos o se dedicara a aplicar otros ya elaborados: se limitaba a imaginar un justo uso de los modelos justos para colmar el abismo que veía abrirse cada vez más entre la realidad y los principios. En una palabra, el modo de manipulación y gestión posible de los modelos no era de su competencia ni entraba en sus posibilidades de intervención. De estas cosas se ocupan habitualmente personas muy diferentes de él, que juzgan su funcionalidad según otros criterios: como instrumentos de poder, sobre todo, más que según los principios o las consecuencias en la vida de la gente. Cosa esta bastante natural, pues lo que los modelos tratan de modelar es siempre un sistema de poder; pero si la eficacia del sistema se mide por su invulnerabilidad y capacidad para durar, el modelo se convierte en una especie de fortaleza cuyas gruesas murallas esconden lo que está fuera.

El autor citado, a través de Palomar y sus vivencias motivadas por inquietudes epistemológicas, aporta a la problemática del poder en la ciencia. A propósito queda por reflexionar si la abstracción científica contribuye a restar sentimiento de alteridad (consideración del otro) y sentido común en el contexto de la investigación. Este y otros interrogantes dejan abierta la posibilidad de continuar indagando en los alcances y las limitaciones del proceso de construcción del conocimiento científico y su lugar en la vida cultural. Finalmente, se podrá agregar en esta oportunidad que la literatura y el quehacer de los escritores en este y otros campos de la producción humana, entre ellos se puede considerar aquel correspondiente al trabajo periodístico volcado a la vida cultural cotidiana en continuo devenir histórico, pueden contribuir a la indagación en temáticas de índole controversial como lo es la actividad científica desde su emergencia en el seno de la edad moderna y hasta la actualidad con miras a un futuro aún más “tecnocrático” (esto último parecería ser). Un escritor como Ernesto Sábato que se constituyó a su vez como un autor versado desde

sus inicios en la ciencia que habita los ámbitos académicos, regulados estos espacios por exigencias en su mayoría “burocráticas” y colaboradoras con la abstracción ya mencionada y el sostenimiento del poder respecto al conocimiento, logra promover a través de su extenso trabajo ensayístico un debate desde el campo de las letras, una posibilidad de análisis y reflexión acerca de la realidad humana que supera de alguna manera cualquier relato de ficción. A propósito de ello, el quehacer científico, con frecuencia desmedido, ha forzado la existencia en el mundo material de eventos catastróficos de gran proporción que han signado la historia de la humanidad. Suficientes pruebas aportan los acontecimientos y vivencias acaecidos durante el prolongado período de guerras del siglo XX, sin ir muy lejos en el devenir del tiempo. La falta de una reflexión ética, por lo menos en el campo de la ciencia, ha facilitado la aparición de consecuencias, efectos, nuevos artificios que aun así colaboran hoy en el moldeamiento del mundo sociocultural contemporáneo. La lista de hechos, actos irresponsables, vidas perdidas, aun el desmedro de la alteridad, se acrecienta con cada emprendimiento bélico en que la actividad científico-técnica tiene un lugar central; parecería que este modo de proceder tiende a extenderse hacia un futuro incierto... Quizás una cuota de pesimismo sea necesaria para iniciar un trabajo de pensamiento acerca de los caminos de la ciencia y sus posibilidades de ejercer una (auto)crítica, mejor referido a los seres humanos que la encauzan cada día.

Bibliografía

- Bajtín, M. (2008), “Arte y responsabilidad”, en *Estética de la creación verbal*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Calvino, I. (1994), “El modelo de los modelos”, en *Palomar*, Rio de Janeiro, Companhia das Letras.
- Sábato, E. (1955), “Poderío e impotencia de Einstein”, *Revista Atenea* Año 32, vol. 121, n.º 360. Concepción (Chile), pp. 361-369.

Artículo recibido el 06/10/14 - Evaluado entre el 21/10/14 y 30/11/14 - Publicado el 21/12/14